

DISERTACION

LEIDA EN

LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL

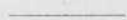
CURSO ACADÉMICO DE 1868 A 1869

POR

D. SANTIAGO USOZ Y RIO,

Catedrático

de la Facultad de Filosofía y Letras.



SALAMANCA :

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE OLIVA.

1868.

DISERTACION

LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Parvis de rebus, sed fortasse necessariis, consulimur.

CIC. PHILIPP. VII. 1.

In tenui labor; at tenuis non gloria.

VIRG. GEORG. IV. 6.

ILUSTRISIMO SEÑOR:

EL estudio de las lenguas antiguas, cultivadas en su tiempo por excelentes escritores, es de la mayor utilidad para cuantos se proponen adquirir una perfecta instruccion científica ó literaria. Así lo demuestra en todas partes la experiencia de los sábios, y así lo prueba tambien entre nosotros el ejemplo de muchos que fueron insignes por su ciencia y doctrina. El Teólogo, el Jurisconsulto, el que se dedica á las ciencias físicas ó matemáticas, el que ha de comparar los opuestos sistemas de los filósofos, ó apreciar los principales documentos de la poesía, de la elocuencia y de la historia; todos, de una manera ó de otra, tienen en las lenguas antiguas un eficaz auxilio, una luz clarísima que los guia, cuando no encuentran en ellas quien provea con abundancia á su trabajo. Si el fruto ha de ser colmado y provechoso para otros, me parece que la mayor parte habrán de repasar, siquiera alguna vez, los escritores antiguos; sea que por su holgada condicion no busquen en el estudio otra cosa que el medio de cultivar sus mas nobles facultades, sea que por necesidad ejerzan una profesion en nombre de cualquier arte ó ciencia.

Pero aun enunciada esta verdad con toda la templanza posible, temo que no ha de merecer el asentimiento de los que mirando solo á una utilidad inmediata, rehuyen el estudio de la gramática, árido sin duda al principio, y el trabajo que

requiere la interpretacion de lenguas extrañas, no tan fáciles como las que hoy hablamos. Deseando pues promover con mis débiles fuerzas un estudio que es sólido fundamento de otros muchos, procuraré razonar algo SOBRE LAS LENGUAS ANTIGUAS GRIEGA Y LATINA: para lo cual habré de repetir, pues tal es mi falta en medio de tan abundante materia, lo que otros dijeron ó escribieron (1). Si no acierto á dejar en su verdadera luz el cuadro de la antigüedad que ellos tan bien pintaron, señalaré á lo menos algunas partes para satisfacer, contando con la indulgencia de los que me escuchan, la obligacion indeclinable, que me trae á hablar en dia tan solemne desde tan alto puesto.

Sin disputar su merecido prez á las lenguas orientales, bien puede decirse que entre todas las antiguas, la Griega y la Latina fueron las mas conocidas, habiéndose ambas propagado latamente y usado por espacio de muchos siglos. La lengua Griega, computando el tiempo que medió desde Homero hasta la toma de Constantinopla por los Turcos, duró en sus varios dialectos casi veinticuatro siglos, y no se contuvo dentro de los confines de Grecia, sino que se extendió á Macedonia, Thracia, Asia, Egipto, Siria, y hasta las riberas del Indo y del Oxo; de modo que en tiempo de los Apóstoles sirvió esta lengua de mensajera para llevar el Evangelio por toda la redondez de la tierra. Aun tres siglos antes, los judios de Alejandria habian traducido en lengua Griega los libros del Antiguo Testamento, para que su contenido se propagase mas fácilmente y estuviese mas al alcance de todos. No hay por que notar ahora el nuevo color que la lengua Griega cobró al comunicarse con la Hebraica en esta que llaman *Version de los Setenta Intérpretes*: baste decir que aun alterada entonces hasta el punto de venir á dar en un nuevo dialecto, y habiendo sufrido despues otras mayores vicisitudes, no por eso se extinguió; sino que permanece aun, é intenta, al parecer en nuestros dias, recobrar su

perdida fuerza y esplendor antiguo. La lengua Latina no se queda mui atras de la Griega en antigüedad y duracion; pues habiendo salido del Lacio, traspasó luego los límites de Italia, penetrando por una parte, allende el mar, en Africa; por otra allende los Alpes, en las demás regiones de Europa, desde las riberas del Danubio hasta las costas de la Gran Bretania. Así pudo Horacio anunciar en su poético language que «encumbrándose en alas mas ligeras que las de Ícaro, habia él de ver las riberas del Bósforo resonante, las Sirtes Líbicas y los campos que están mas allá del Bóreas; y que oirian ó aprenderian su canto los moradores del Euxino, los Sármatas, los Iberos y los que beben del Rhódano (2).»

Pero la extincion del imperio Romano no fué parte para que se obscureciese la lengua Latina: antes bien, durante toda la edad media, esto es, por espacio de mas de diez siglos, se mantuvo mas ó menos vigorosa en el habla y en los escritos de los sábios; y se usó tanto en la Iglesia como en los palacios de los príncipes; así en los negocios públicos como en las cosas sagradas: de suerte que mui bien puede aplicarse á los Romanos lo que el poeta latino dice de la subyugada Grecia (3); pues si la conquista de ella dejó como vencidos en las artes á los que primero fueron vencedores con las armas, consecuencia fué de la conquista de Roma que la multitud de los pueblos septentrionales que afluyó sobre ella, acostumbrándose á las artes y leyes Romanas, acomodase á su ingenio y language el habla de los Romanos: con lo cual nacieron de la estirpe Latina, como otros tantos renuevos, las lenguas que llaman Romanes, á saber: la Española, Italiana, Francesa y Vallaca: se introdujo ademas en la lengua Teutónica una multitud de palabras, un número mucho mayor en la Inglesa; habiendo adoptado ya ambas lenguas esas palabras como propias suyas. Tantas deben ser en una y en otra, que un escritor Holandés llama «selva» al caudal de voces Latinas de que ambas están provistas. Pero la lengua Griega, así como antes enriqueció á la Latina, así despues enriqueció tambien á todas las demás, y aun las enriquece hoi con muchas voces nuevas, cuyo origen se distingue fácilmente por qué son, como decia Horacio, monedas que llevan impreso el sello de ahora. Es lo cierto que por

su buena lei, quiero decir, por su propiedad y virtud para expresar las cosas, no solo tienen grande aceptación en el comercio literario y en el trato comun de la vida, sino que serian irremplazables, si desapareciesen del tesoro de las ciencias.

Bien considerado todo esto, podemos afirmar que las lenguas Griega y Latina no deben tenerse como propias solo de ciertos pueblos y tiempos, sino que pertenecen á todas las naciones y á todas las edades; y tan estrecho es el parentesco, tan íntima la relacion de esas lenguas con la mayor parte de las modernas, que sin saber aquellas no pueden éstas comprenderse en toda su fuerza: por el contrario, el que conoce la lengua Griega y Latina, aprende sin gran trabajo y en breve tiempo las modernas. Tan es así, que el que ignore la lengua Latina, no solo ignorará el origen de algunas palabras de la suya, cualquiera que esta sea, ó el de muchas, si habla alguno de los Romances, sino que no podrá distinguir la significacion propia de cada una. De ahí dimanar principalmente ciertos defectos que se notan en el estilo de algunos escritores, como son entre otros, recargar la frase de palabras inútiles al propósito del que habla y acumular nombres, de los cuales los últimos dicen menos que los primeros, ó no añaden nada.

De los que se emplean en las artes y ciencias hai que observar que si ignoran la lengua Griega, no penetrarán bien la fuerza de las voces técnicas que les pertenecen; por más que con el estudio y la práctica, en los libros ó de viva voz aprendan con labio balbuciente á pronunciarlas y á entenderlas como otros las pronuncian y entienden. Siendo mui pocos los que pueden, digámoslo así, moderar el lenguaje técnico, y muchos los que ahora escriben de todas materias, habrá de ser mui frecuente el abuso de las palabras ya recibidas; la ignorancia, tal vez la vanidad, introducirá otras bárbaras, mal formadas, demasiado complejas, si es que por su derivacion distan mucho de su origen; y al definir ó dividir las cosas abundarán los nombres impropios y las voces que por estar tomadas ambiguamente no corresponden al sentido usual que tienen: de ahí resulta, cuando no la obscuridad en algunas comarcas de la ciencia, el error de los menos cautos y el extravio de muchos. Es natural que trayendo todas las ciencias su origen de

Grecia, ó á lo menos habiendo recibido de los ejemplares Griegos su mayor incremento, el language mas propio de todas sea Griego; y no es mucho decir que la lengua Griega ayudada de la Latina responde con un vocabulario suficiente á los descubrimientos modernos y á los diversos y nuevos métodos seguidos en las escuelas.

Dejando ahora la esfera de las ciencias, paremos la atencion en el language cotidiano de que usa cualquiera. Si levantamos los ojos al cielo ó los bajamos hácia la tierra, si recorremos las ciudades y entramos en los templos, en los palacios, en las casas mas humildes, ó bien en las oficinas donde el ingenio humano muestra hoy como nunca las poderosas máquinas é instrumentos fabriles; si recordamos los institutos, las leyes, la práctica de la vida civil, no acertaremos á pronunciar sino voces meramente Griegas, ó mezcladas con voces Latinas. ¿Qué seria de las lenguas modernas si en los siglos medios, y aun mas en el XVI, no se hubiesen cultivado con el ejemplo las antiguas de Grecia y Roma, y si todavia no adquiriesen una nueva copia de palabras derivada de tan rica vena? Por grande que esa copia sea, no conviene cerrar la fuente de donde mana, si hemos de ocurrir á la necesidad de inventar palabras nuevas ó restablecer las ya desechadas, segun la lei impuesta por el uso que es el árbitro del language. Esa mútua relacion de las lenguas es uno de tantos lazos misteriosos como nos unen con otras generaciones; y en ella ganan principalmente las lenguas vivas, pues siendo estas por su misma condicion mudables, se enriquecen, se pulen y cobran nueva vida y vigor á expensas de las lenguas muertas inalterables ya en los documentos escritos que perdonó la mano del tiempo y que nos asegura la imprenta.

El predominio que Grecia y Roma ejercieron á su vez sobre todos los pueblos contemporáneos y la excelencia de los escritores que en lengua Griega ó Latina depositaron los ilustres monumentos de su saber y de su arte, contribuyeron sin duda á que esas lenguas creciesen, se propagasen y fuesen el instrumento principal de la cultura de otras naciones: pero, si buscamos las verdaderas causas de la aceptacion que tuvieron, hallaremos que ademas de las ya indicadas hubo otra no menos

poderosa, y fué su bondad intrínseca, su belleza y las extremadas cualidades que ambas poseen y que recomiendan su estudio en todos los pueblos y en todos los siglos. Ahora bien, es cosa averiguada que de todas las lenguas conocidas ninguna hai que iguale á la Griega en sutileza, copia, variedad y elegancia: lo cual se demuestra considerando las partes que la constituyen.

Con solo saber leer, confesará cualquiera que una de las cosas mas recomendables en la lengua Griega es la extremada dulzura con que sus palabras, á la manera del canto y de la música, parecen destilarse en los oidos y halagar los ánimos. Así lo da á entender Horacio, juez irrecusable en el asunto (4): ¿Qué hemos de decir nosotros, cuya lengua no puede anteponerse á la Latina ni en dulzura ni en gravedad? Bien sea que recitemos los versos de Homero, Píndaro ó de Sófocles; bien que leamos los diálogos de Platon y las arengas de Demóstenes, ó que prefiramos el dulcísimo concierto de las Musas de Heródoto; en la diversa manera de decir y en el diverso colorido que todos tienen advertirémos la misma suavidad y armonía, que atrae y contenta aun al que ignora el sentido. Esto es efecto ya de la acertada combinacion de las vocales y consonantes y de la acorde disposicion de sonidos diversos, ya de los diferentes modos que tenian de variar los nombres y verbos y de colocar los vocablos; con todo lo cual se produce una especie de concierto músico mui preferible á los sonidos de sus antiguas cítaras y flautas. Considerando lo mucho que hemos perdido de la antigua genuina pronunciacion de los Griegos, no faltará quien tenga por cosa de poco momento esta suavidad; pero cualquiera que haya estudiado aquella lengua no podrá menos de reconocer que algo valdria para el deleite del oido la infinita copia de voces, esto es, la multitud de verbos, nombres y partículas con que en Griego se expresan todos los actos, sentimientos y pensamientos de los hombres; se significa todo aquello que cae bajo los sentidos ó cabe en nuestra mente y se señalan las várias formas y modos de las cosas y de las acciones, y la mútua relacion que hai entre ellas.

A esta copia se añade una singular facilidad de componer palabras, de inventarlas y vaciarlas, digámoslo así, en nuevos moldes. A la abundancia y variedad iguala el orden, cuya virtud es tal que con leyes y reglas ciertas se deducen de los vocablos primitivos los derivados, los cuales como si retoñaran producen á su vez otros nuevos, mostrando cada uno en su diverso aspecto ó semblante la significacion que tiene.

No siendo esta ocasion oportuna de extenderme acerca de la analogía de esta lengua, habré de omitir cuanto se refiere á la inflexion de las palabras, capítulo principal de ella y llave preciosa que nos abre los tesoros de la antigua Grecia. Los que hayan llegado á poseer esa llave se holgarán tanto mas de haberla alcanzado cuanto mayor fuese el trabajo y mayores las asperezas por que pasaron; dando ahora por bien empleado el tiempo trascurrido, cualquiera que fuere su profesion ó la tarea que traigan entre manos. Si yo hubiera de insistir en una verdad tan palmaria, demostrándola con alguna semejanza, ó me fuese lícito acotar ahora con la Iliada, les recordaria que los ancianos de Troya, cuando sus ojos se iban apagando en medio de innumerables miserias, se consolaban algun tanto al aparecer sobre sus muros la hermosa Argiva, causa involuntaria de su triste suerte (5). Así lo finge con inimitable arte el poeta, y aunque su argumento sea mui otro del que ahora nos ocupa, es lo cierto que la utilidad de estos estudios compensa sobradamente el trabajo y solicitud que requieren. Los que hayan de emprender el de las lenguas antiguas ó quieran proseguir cultivándole, no vacilen en sus primeros pasos, ni se arredren por la dificultad del camino; no desprecien tampoco las cosas que son ó parecen pequeñas. Pues así como en la contemplacion de la naturaleza no nos mueven solamente el aspecto del cielo y de las estrellas, el nacimiento y ocaso de los astros, la rotacion del globo, la diferencia de las estaciones, las causas del calor y del frio, de las lluvias y de las nieves; sino que tambien nos deleita la exploracion de otras cosas no tan grandes, de las piedras por ejemplo, de las plantas, de los animales y aun de los cuerpos mas diminutos; y deleita á algunos de manera que pasan toda su vida en escudriñarlas, no sin provecho para si y para otros; de la misma

suerte, si paramos la atencion en la estructura de las lenguas, habremos de admirar el espectáculo que ofrece aun «en las cosas mas leves» semejante al que Virgilio, admirador de la naturaleza, propone á la contemplacion de todos (6).

Hasta aquí hemos considerado la lengua Griega por si sola, como materia comun de que usan los que hablan y los que escriben. Pero así como el artifice labra la materia, así los escritores labran las lenguas; y de ahí provienen los vários estilos ó modos de decir y la varia disposicion y color en el language y en el discurso. Habiendo pues concedido la naturaleza al pueblo Griego un tan precioso don como el de su habla, bien podemos inferir que no le faltarian artífices capaces de pulirle y encarecer su valor. Túvolos en efecto Grecia mas que otra nacion alguna; y tantos, como fueron sus poetas, oradores, historiadores y filósofos; los cuales, cada uno á su modo, contribuyeron á limar la lengua.

Contribuyó ante todos Homero con aquella facilidad, variedad y plenitud que supo añadir al language popular de los Griegos, acomodando su diccion á todos los sentimientos del ánimo, á todas las cosas grandes ó pequeñas, sérias ó de burla: contribuyó tambien con aquella libertad sin igual en inventar palabras, variarlas y conformarlas, como dijo un poeta, en el yunque de las Musas á todos sus designios (7): y en componer epítetos que convengan á los dioses y á los hombres, ó signifiquen lo que á unos y á otros pertenece; y correspondan á las cosas animadas é inanimadas, propias y comunes. Ejercitó Homero como nadie la fuerza poética del language, y su poesía fué para los demas un ejemplo que imitaron muchos de los que le sucedieron, cada cual segun su ingenio y arte. Basta ahora recordar, entre otros, los nombres de Píndaro, Safo, Esquilo, Sófoeles: de estos, uno fué mas grande, otro mas vehemente, otro mas dulce; pero todos, en los diversos géneros á que pertenecen, se distinguieron no menos por la invencion y artificio de las palabras y de los números ó metros, que por la invencion de las cosas y pensamientos. Tanto sobresalen estas cualidades en Homero, á juicio de los antiguos, que ellos toma-

ban el epíteto *Homérico* como un nombre colectivo para significar el lenguaje natural, claro, vehemente, enérgico, armonioso; cualquiera que fuese el ingenio del escritor y el argumento de sus obras. En este sentido llamaban Homérico á Sófocles, Homérico á Píndaro y Homérica también á Safo, porque los tres tienen aquella claridad y fuerza que la Iliada y Odisea muestran en toda su perfección. Aludiendo principalmente á Homero, dice Quintiliano, que «Stesícoro sostenía con la lira el peso de la poesía épica» (8): y mucho ántes dijo Esquilo de sus propios dramas que eran «partecillas ó fragmentos del banquete Homérico.»

De los historiadores basta nombrar á Tucídides. Su lenguaje traslada plenamente aquel ánimo profundo, ingenio sutil y severo juicio con que se distingue entre todos. El nervio y la fuerza de su estilo, la facultad de comprender muchas cosas en pocas palabras y la buena elección de estas para significar aquellas, igualan á la libertad que tiene en la estructura de la frase y en los varios modos de comprimir la narración: todo lo cual ofrece á veces, es cierto, alguna obscuridad; pero sirve no poco para ejercitar la mente de los lectores y deleita en sumo grado á quien comprende el sentido. Cuentan que Demóstenes escribió hasta ocho veces por su mano los libros de Tucídides ó parte de ellos, y que le imitó: aunque así no fuera, bien se ve que la frase de ambos traduce aquella verdadera y genuina elocuencia, que agena de todo lo que es mero adorno, muestra por sí sola su propia virtud y solidez. Aun ahora, si hemos de creer á algunos de los modernos, la lección de Tucídides es el mejor ejercicio para los oradores é historiadores; no solo por el saber que con ella se adquiere, sino también porque nos acostumbra á pensar y hablar rectamente. ¡Cuánto no influiría, ó qué parte no tendría en el habla de los escritores de su nación!

De los escritos del mismo Tucídides y de los de Cicerón y Quintiliano pudiera inferirse cuanto contribuyeron los oradores Griegos á enriquecer su lengua; si no fuese que el ejercicio de la elocuencia supone siempre la perfección en el arte de hablar. Ya Homero, refiriéndose á los tiempos de Troya, alaba la elocuencia de Nestor por la suavidad y la de Ulises por el

vigor. Despues, en las ciudades independientes, sobre todo en Atenas, fué la elocuencia entre todas las artes entonces conocidas la mas necesaria, pues era oficio del orador defender en el foro, en el senado y en los juicios, tanto los derechos de los particulares, quanto la incolumidad de la república. De ahí es que para atraerse la multitud y conmover á los jueces inventaron las que llaman figuras de palabras y de sentencias, cuyo verdadero objeto no es fácil definir en otra lengua con un solo nombre y tan propio como en la Griega. Esas figuras dictadas por la misma naturaleza y el número oratorio que enseñó y promovió Isócrates, realzaron mucho el arte de los antiguos; y de ambas cosas pudiera decirse lo que de otras dijo Quintiliano «que no obstan á quien discurre por ellas, sino á quien se embaraza en ellas.» Pero aunque la elocuencia debiese en Atenas su principal incremento á la constitucion política y civil del pueblo, se alimentó tambien mui luego de otras artes ó ciencias; no solo de las que le son mas propias, como la retórica, sino de las que le sirven de auxilio poderoso, como la filosofia. Así Pericles instruido por Anaxágoras, supo trasladar á las disputas forenses y populares sus ejercicios sobre las cosas recónditas de la física: y así tambien Demóstenes debió en gran parte su excelencia sobre todos los oradores Griegos, no menos á las lecciones de Platon, que á las de Isócrates é Iseo (9). En quanto al arte retórica propiamente dicha, viciada primero por los Sofistas, con el difícil ejercicio de «hacer superior, como ellos decian, la causa inferior,» enderezada despues por Sócrates á un fin moral y á una investigacion mas cierta, prevaleció por mucho tiempo no solo en las escuelas de Atenas, sino tambien en el mas ancho campo de los negocios públicos y de las contiendas que mediaron entre sus principales oradores. Cultivada pues el arte oratoria en Grecia por diversos caminos, salió perfecta á la luz con el mejor y mas hermoso atavio que pudo tener en pueblo alguno, el dialecto Ático; enriquecido casi al mismo tiempo por los filósofos, por los poetas dramáticos y por los historiadores y oradores. En él mostró Pericles «el jugo» de su razonamiento, que imitaron tambien otros, de quienes dijo Ciceron que eran «mas abundantes en sentencias que en palabras:» en él desplegó Demós-

tenes el poder incontrastable de su elocuencia, y por él principalmente se grangeó la admiracion de quien mejor podia y sabia apreciarle; pues el elogio de Demóstones por Cíceron, á quien ahora aludo, tanto como enaltece la modestia y profundo saber del orador Romano, tanto comprueba lo que él mismo dice en otro lugar sobre la lengua que hablaba el Ateniese. Debemos ahora distinguir dos cosas, el arte y el estudio de la elocuencia. El arte no fué comun á toda Grecia, sino propio de Atenas; pues no se sabe que por aquellos tiempos produjesen orador alguno Argos, por ejemplo, Corinto ó Tebas, como no queramos dar ese nombre al docto Epaminondas. Pero con el tiempo hubo fuera de Grecia muchos que por su aficion al estudio de la elocuencia, y por tenerle en grande estima, hicieron ilustre el nombre de los oradores. Así que, no bien salió la elocuencia del Pireo, recorrió todas las Islas, anduvo por toda el Asia y tomando con las costumbres de aquellos pueblos un tinte extraño, perdió toda la *salubridad* y *sanidad* de la diction Ática, ó sea la feliz disposicion y pureza de aquel dialecto; y llegó por decirlo así, á olvidarse de su propio lenguaje. De aquí tuvieron origen los oradores Asiáticos y Rhodios; los primeros no despreciables á pesar de su redundancia, y los segundos algo mas naturales y semejantes á los Áticos (10). En resúmen: siguiendo el proceso de la elocuencia Griega, ya nos atengamos á la autoridad de los escritores mencionados, ya consultemos otros cualesquiera que traten del asunto, veremos claramente que la elocuencia tuvo tanta parte en la lengua y cultura de los Griegos como en las costumbres y leyes de Atenas y en la celebridad de sus primeros repúblicos.

No es menos cierto que los estudios de los filósofos contribuyeron tambien á enriquecer y hermohear la lengua Griega: siendo como es propio de la filosofía definir exactamente las nociones de las cosas, tanto de las que están fuera de nosotros, como de las que pertenecen al hombre y á los pensamientos humanos. De ahí proviene que una parte mui esencial de la filosofía era para los Griegos la que trataba de señalar las diversas acepciones de las palabras, distinguiendo las que el vulgo suele confundir como sinónimas: y la designaban con un nombre no fácil de traducir en Castellano por ser

una de tantas voces compuestas como tenian. El primero que profesó esta arte, ó llámese facultad, fué Pródico de Ceos, á quien por ello alabó Sócrates; y bien se deja conocer que, si no se reduce á intrincadas sutilezas, es muy útil para limar á un mismo tiempo el language y el juicio. Pero la filosofía mira á un fin mas alto: ella segun la definicion de los antiguos, y quanto mas lata nos parezca mejor confirma nuestro propósito, «es el conocimiento de las cosas divinas y humanas y de las causas en que éstas se contienen.» Así pues el filósofo recorriendo en su mente el universo, inquiere los elementos, las causas y leyes de todas las cosas, y apartando el pensamiento de los sentidos se abre el mundo intelectual, *inteligible* le llamaban ellos, que ha de contener los principios, y por decirlo así, las muestras de aquellas cosas que en la tierra se contemplan solo en imágenes y apariencias. Sin alargar mucho este discurso, bien se comprende que esta indagacion no pudo menos de producir una muchedumbre de vocablos nuevos para designar las cosas antes ignoradas, y un gran número tambien de significaciones nuevas, trasladadas de las cosas corpóreas á otras que concibe nuestra mente. Cualquiera que considere las sectas filosóficas desde Pitágoras, que dicen fué el primero que tomó el nombre de filósofo, hasta Platon y Aristóteles, se admirará al ver cuántas nociones nuevas y cuántas palabras dimanaron de estos estudios. En lo cual tanto como se advierte el agudo ingenio de los doctos que inventaron esas palabras, tanto es de admirar la singular virtud de la lengua, que mas blanda que la cera, se viste de todas las formas y designa las cosas mas oscuras y escondidas con igual facilidad que las vulgares y manifiestas. Pero este conocimiento de las palabras es mui provechoso para el cultivo y erudicion del ingenio. Quien acierte á explicar, por ejemplo, lo que significa el *Kosmos* de Pitágoras, la *naturaleza* de los Jónicos, la *substancia* de los Eleáticos, la *probidad* ú *honestidad* de Sócrates, las *ideas*, el *logos* de Platon, la *perfeccion* de Aristóteles; confesará que en realidad la ciencia de las palabras es el medio de entender las cosas, y que el estudio de las lenguas tanto aprovecha para alimentar el ánimo, como para aguzar la mente. Respecto á Grecia conviene añadir que habiendo sido poetas

los primeros filósofos, ó sean, los que primeramente trataron «de la naturaleza de las cosas» y de una Inteligencia Suprema, ó difundieron las nociones principales de honestidad y justicia; debieron por medio de sus hexámetros comunicar á la filosofía muchas imágenes y un caudal de voces poéticas que hizo muy significativo su language. Así se esplica mejor el estilo poético que conservaron algunos que escribieron en prosa, como dice Ciceron de Platon y Demócrito.

Una buena parte de lo dicho en alabanza de la lengua Griega conviene tambien á la lengua Latina, cuya fuerza, gravedad, abundancia y armonía en la combinacion de los sonidos, no desconocerá seguramente quien lea á Ciceron, Virgilio y Horacio. Hija, como suponen algunos, ó hermana como quieren otros, de la lengua Griega, tiene con esta mucha afinidad en toda su estructura; ya en las letras, ya en las palabras y frase. Algo falta á la lengua Latina del caudal que prestan á la Griega sus bien cultivados dialectos, algo tambien del fondo comun en ciertos modos de variar, y aun mas, de componer las palabras: pero le sobran medios de expresar los pensamientos humanos, distinguir las nociones de las cosas y describir la naturaleza. Presta, pues, á la historia cuanto requiere la concision y el vigor con que Salustio pinta las cosas y los hombres; cuanto piden la gravedad y abundancia con que se distingue T. Livio; y la prudencia, brevedad y variedad con que habla Tácito. Presta á la filosofía y elocuencia lo que necesita Ciceron para comunicar á los suyos los dogmas de las escuelas de Atenas y perorar, en el foro ó en el senado, segun la imágen perfecta del orador que el mismo propone en uno de sus libros: y sirve en fin á la poesía para trasladar á Roma, como en otro tiempo las estátuas y vasos de Corinto (11), lo mas selecto del génio y del arte de los Griegos.

Compárense ahora con las lenguas Griega y Latina las lenguas modernas, y se verá que á pesar de haberse cultivado la mayor parte de éstas casi por espacio de siete siglos, son mui

inferiores á las primeras por su naturaleza y estructura. No falta á las lenguas modernas una copia de palabras recogidas de unas y otras, con las que pueden expresar con claridad, gravedad y elegancia los pensamientos y afectos del ánimo; pero si miramos á su índole y al conjunto de todas sus partes, habrémos de confesar que tanto distan las lenguas modernas de esas otras, cuanto un edificio cualquiera, una casa, por ejemplo, del Parthenon ó Theseo de Atenas. De esta diferencia entre las lenguas antiguas y modernas, ó sea entre las lenguas vivas y las muertas, proviene la dificultad que siempre ofrece la version de los escritores Griegos y Latinos á cualquiera de las lenguas vivas: y de ahí se deduce por lo tanto la conveniencia de consultar el original si se ha de comprender bien el autor. Lo cual se observa no ya respecto de los poetas, en los que esa dificultad es casi siempre insuperable; sino tambien respecto de otros escritores cualesquiera. Por eso aun en la leccion de las obras didácticas y filosóficas de los antiguos se echa de menos el texto original para entender muchas cosas, que no se pueden trasladar á otra lengua: tales son p. e. en los diálogos de M. Tulio la gravedad de sus interlocutores, la urbanidad mútua con que estos se hablan, el delicado contraste de algunas partes, la riqueza del lenguaje cuando apela á la imaginacion y á las pasiones, la gracia con que ilustra algunas cosas ó alude al lugar y tiempo de la supuesta conversacion, y la melodía y copia del estilo. Lo mismo puede decirse del lenguaje poético de Platon, y de la dulzura y fluidez de Xenofonte. A este tenor la concision de Tucídides expresada en otra lengua, podrá convertirse en obscuridad, y su energia en dureza y rigidez: compárese en el original y en las traducciones el discurso de Pericles sobre las exequias de los Atenienses. Otro tanto se ha de entender de Salustio ó Tácito. Lo que Aristóteles, Ciceron y Quintiliano escriben acerca de los *Tópicos* y acerca de las *pasiones* podrá ser inútil al arte retórica de algunos de los modernos; pero sirve de mucho á la filosofía, si se lee en el original; fuera de él causa y hastía á la mayor parte de los lectores. Ni la diction contrapuesta de Andócides, que llaman *antithética*, ni el *circulo*, de la oracion de Isócrates, ó el equilibrio que hay en los miembros de ciertos períodos, que

los antiguos comparaban á una techumbre cuyas piedras tienden todas con igual peso hácia la clave, se pueden trasladar por completo á ninguna de las lenguas modernas: solo Ciceron acertó, en esto como en otras muchas cosas, á imitar á los Griegos. No obstante, para quien no pueda leer el original, algo vale una traduccion, si en ella recoge la substancia de lo escrito; y los que traducen las obras de los Griegos y Latinos, no solo prestan un servicio á las letras, sino que contribuyen á enriquecer su lengua y consiguen depurar su propio estilo: no de otra manera formaron el suyo muchos de nuestros escritores Castellanos y algunos de los mas célebres extranjeros.

El estudio de la lengua Griega acompañado del de la Latina, presta á entrambas un doble valor, sirviendo la Griega para ilustrar los monumentos de la Latina y dando ésta á conocer muchos de los que ya no existen de Grecia. Así, por la Iliada y Odisea podemos juzgar del artificio de la Enéida: y por el contrario, algunas de las Odas de Horacio nos ponen á la vista varias de las que se perdieron de Safo y Alceo; mientras otras nos ofrecen una semejanza de los yambos de Arquíloco, que tampoco tenemos; y Plauto y Terencio nos enseñan á Dífilo, Philemon y Menandro, á quienes sin ellos no conoceríamos. Depositados están, pues, en ambas lenguas los principios, los progresos, la flor y la perfeccion de las letras, como tambien los inventos de muchas generaciones en todas las artes y ciencias que constituyen el saber humano: siendo ahora, como fueron antes, los ejemplares Griegos y Latinos un medio seguro de cultivar el ingenio y una fuente copiosa de sabiduría, prudencia y doctrina.

Bien pronto llegaríamos á no entender esos ejemplares, si segun la opinion de algunos se sustituyese el estudio de las lenguas antiguas con el de aquellas ciencias que estriban, no en el conocimiento de los sonidos, como ellos dicen, sino en el de las cosas, á saber: con las ciencias matemáticas y físicas, con la economia política, acaso tambien con la rural y con otras ciencias ó artes no menos socorridas. El fundamento mas sólido de esta opinion es sin duda que esas ciencias, cultivadas

en nuestra edad con mayor estudio que ántes, no solo llegaron ya á un grado sumo de perfeccion, sino que habiendo producido una larga série de utilísimos inventos, contribuyen sobremanera á la prosperidad y comodidad de todos, al comercio, á la agricultura, á los varios oficios mecánicos, y en fin, á todas aquellas cosas que hacen mas culta y agradable la vida de los pueblos. ¿Quién ha de negar, pues, la utilidad de esas ciencias? Aun el mas extraño á ellas conoce que la investigacion física y la contemplacion del mundo prestan no poca sutileza al ingenio y levantan el ánimo á la admiracion de obra tan perfecta. En verdad que el que lea las páginas de Alejandro Humboldt no podrá menos de contemplar por una parte la divina fábrica de todo el mundo, la admirable fuerza y disposicion de la naturaleza; y de pararse por otra á considerar la perspicacia y maña del ingenio humano que «mide la redondez de la tierra y los espacios del cielo, y determina cuanto abarca el mar y comprende el aire (12).»

Por mucha que sea la utilidad de esas ciencias, no debe postergarse el estudio de las lenguas y de las letras, ni deben tampoco desdeñarle los que cultiven ó profesen aquellas. No le desdeñaron por cierto ni el mismo Humboldt, ni Leibnitz, ni Newton. Por mi parte no creo que atendiendo al fin principal de la enseñanza de la juventud y mirando á las buenas costumbres y al arreglo de la vida, haya estudio alguno que deba preferirse á los de las lenguas y las letras, de los cuales dijo Ciceron que «nos alimentan en la mocedad y nos deleitan en la senectud (13).» La historia no dice que los Caldeos p. e. y los Egipcios, que sobresalieron en la geometría y astronomía, fuesen de mejor condicion que los Hebreos, Griegos y Romanos, que atendieron á la vida doméstica y civil y á las artes con que se ejercitan el ánimo y el ingenio: ni que en Grecia y Roma cuando mas florecian allí las ciencias físicas y matemáticas hubiese mas virtud y mas prosperidad que en otro tiempo en que cultivaban la poesía y la elocuencia. Lo que enseña la historia es que cierto grado de cultura no puede existir sin que prosperen á un mismo tiempo (quizá unos mas que otros) diversos estudios, y se auxilién todos mutuamente. La prueba de ello está en la antigua Atenas y en el Museo de Alejandría:

mui raros serán los ejemplos con que pueda demostrarse otra cosa, y mui corto el período de la vida de un pueblo en que otra cosa suceda. Gloria es ciertamente de nuestra edad la invencion de las máquinas de vapor, de las vias férreas, de los telégrafos eléctricos, por cuyo medio en el espacio de pocas horas traspasamos los mares y las tierras, y tan veloz como el rayo, llega nuestro pensamiento á las mas apartadas regiones del globo. Pero por mui de admirar que sean estas cosas, son meros instrumentos, cuya utilidad pende del consejo que mueve la obra, «que agita la mole» es decir, del alma humana. Esta desde los primeros años debe instruirse y ejercitarse, para lo cual nada hai mas eficaz que el lenguaje, intérprete del ánimo, imágen de la mente; y la gramática que es la mejor maestra de hablar y pensar con rectitud; y las letras, que contienen ejemplos y preceptos por donde se conoce, en todos los negocios de la vida, lo que es bueno ó malo, útil ó nocivo, y lo que debemos seguir ó imitar. Mas esos ejemplos y preceptos de ningun modo se aprenden y conocen mejor, que por los monumentos antiguos, los cuales respetados por el tiempo, vinieron á ser no ya propios de un solo pueblo, sino comunes á todas las naciones. Absurdo sería, me parece, que mientras procuramos unir con el solo vínculo del comercio todos los pueblos de la tierra, rompiésemos el vínculo que une los tiempos presentes con los pasados; cuando de éstos dimana nuestra cultura y á ellos pertenece una buena parte del saber que ahora en mayor estima tenemos. No desatendamos, pues, ninguna de las ciencias que comprende: apreciamos en todo su valor los números y figuras de los matemáticos, los experimentos de los físicos, las escavaciones de los geólogos, y los portentos antidiluvianos ó los ejemplares microscópicos; pero cultivemos principalmente los estudios de las letras, que son en nuestra primera edad la mejor prueba para el ingenio, y durante toda la vida uno de los mas provechosos ejercicios. Tengamos por cierto que el camino de la ciencia no se mide de ordinario como se mide ahora la distancia material que hai entre las diversas regiones del globo; y que las vias fáciles, que Euclides desechaba para la geometría, no siempre conducen á aumentar el saber, como una máquina de vapor conduce á acrecentar la riqueza. Imite-

mos en esto el ejemplo de los que nos precedieron y procuremos que no yazgan olvidados en el polvo de las bibliotecas los monumentos de la antigüedad que fueron para ellos un tesoro precioso de sabiduría.

Así lo requieren todas las ciencias cultivadas en nuestras escuelas, pues todas se proveen mas ó menos de los libros griegos y latinos. Unas toman de ellos sus principios mas ciertos ó tienen en ellos su mas sólido fundamento; otras encuentran allí la norma mas segura á que atenerse ó los dechados mas perfectos que imitar; y todas reciben de la antigüedad su lenguaje mas propio y un eficaz auxilio en su progreso. Para demostrar la relacion que tiene cada una de las ciencias con el saber de los Griegos y Romanos, bastaria insistir en las primeras palabras de este discurso; pero por no alargarle demasiado me concretaré á un estudio que siguen muchos y que es por naturaleza mui socorrido para todos: la historia. La historia, «maestra de la vida, mensajera de la antigüedad,» (14) no consiste solo en la narracion de los sucesos, simple y desnuda; sino que se refiere á la vida pública y doméstica, como tambien á la religion, al comercio y á la condicion política de todas las naciones y de todas las tribus, durante el trascurso de las edades pasadas. Son pues fuentes de la historia no solo las crónicas, los anales y todas aquellas obras que contienen una relacion seguida, ó un cuento razonado de varios sucesos, sino tambien los escritos de los oradores, retóricos y filósofos, y aun de los poetas; pues con los ejemplos, imágenes y semejanzas que contienen, con los pensamientos y sentencias que á otros atribuyen, los usos y costumbres que pintan y los lugares que describen, y hasta con los nombres y epítetos que aplican á las personas ó á las cosas, iluminan en cierto modo el cuadro de la vida humana, esclarecen los hechos ya sabidos y conservan la memoria de los tiempos mas remotos. Así Horacio, aludiendo á uno de los poemas perdidos de Ennio, dice. «Ni los esculpidos mármoles que dan aliento y vida á los valerosos capitanes, despues de su muerte, ni la acelerada fuga y las rechazadas amenazas de Hannibal, ni los

incendios de Cartago, expresan mas claramente que las musas de Calabria, las alabanzas debidas á quien volvió de la domada Africa, despues de haber ganado un nombre esclarecido (15).» ¿Qué diremos del autor de la Iliada y Odisea, cuyo lenguaje es muchas veces el de la naturaleza? Pudo César, como finge nuestro Lucano, vadear sin conocerle el no mui caudaloso Scamandro; podrán tal vez muchos de los modernos viajeros pisar el suelo de Troade sin que acierten á señalar ninguna de las calles ó plazas de la antigua Ilion; pero no por eso dejarán cuantos lean la Iliada, de representarse en su imaginacion los lugares y los hechos que describe Homero. Vemos á Héctor salir al campo por las puertas Sceas y casi incendiar las naves de los Aqueos; á Páris, reclinado muellemente en su cámara, bruñendo ocioso sus armas; vemos á Priamo y Helena recontando desde el muro los próceres Aqueos; vemos á Hécuba subir, acompañada de otras matronas, al templo de Minerva; nos figuramos la prisa de los fugitivos Troyanos por ganar sus torreones, despues de haber visto asombrados relucir el yelmo de Aquiles; y casi oimos los lamentos de las hijas de Dárdano al recibir dentro de sus muros el féretro del que habia salido poco antes vestido con las lucientes armas del mismo que habia de matarle. Por la pintura de las costumbres, la descripcion de las cosas y el carácter de las personas, podemos representarnos igualmente la vida rústica de los moradores de Itaca, la casa de Penélope, ó la sencillez primitiva de los Pheaces y de su rei Alcino: así como las circunstancias que finge el poeta nos ponen á la vista el terrible trance que alaba Platon (16), ó sea el paso en que el supuesto mendigo suelta sus harapos en el umbral de su propia casa y arrojando á sus piés la aljaba, tiende el arco, se descubre á sus inermes y licenciosos adversarios y comienza su venganza por el mas aborrecible de todos ellos. Por mucho que nos deleiten éstas y otras cosas tan bien descritas, no es ménos lo que nos instruyen. La que han dado en llamar *controversia Troyana* pudiera llegar hasta el punto de que algunos, tal vez mas descontentadizos que los modernos críticos de Italia y Francia, nieguen lo mucho que ya abraza; aun aquello en que convienen la mayor parte de los de otras na-

ciones. Pero quien se halle exento de los prejuicios de las *escuelas literarias*, á veces mas difíciles de disipar que los prejuicios de la ignorancia, admirará siempre lo que tantos admiraron, desde los tiempos de Solon hasta los presentes. Quien no se perdone nada á si mismo, como decia Salustio de Caton, quizá no pueda menos de compadecer á Helena y de mirarla, aun apartando los ojos de su hermosura, con el mismo interes con que la mira el poeta. El que no admire el arrojo y la impavidez de Aquiles, ó aquel á quien repugnen los extremos de su venganza por el muerto amigo, no dejará de aprobar los razonamientos del héroe pronunciados aun en medio de su mayor rencor, la ternura con que recuerda á su padre, las lágrimas que vierte uno y otro dia sobre el cuerpo de Pátroclo, y el respeto con que oye siempre los consejos de su madre y obedece los decretos de los dioses. Si bajo estas bóvedas nos fuese lícito recorrer las páginas de Homero, como pudiéramos hacerlo en el aula, fácil sería formar una coleccion de sentencias morales que no desdeñasen los mas timoratos. La Iliada y Odisea nos demuestran ademas otras muchas cosas concernientes al culto religioso, á la condicion civil y á la vida privada de los Griegos primitivos; cuando hablan de sus sacrificios y ritos nupciales ó fúnebres; cuando señalan las tres clases en que estaba dividida la nacion Griega, *nobles*, *plebeyos* y *siervos*; describen los banquetes y aluden á los que por su arte y saber eran el ornamento principal de todo festin, cuando encarecen la ciencia de los Vates ó adivinos; y manifiestan con los epítetos atribuidos á los dioses y á los hombres la idea que tenian del poder y providencia de los primeros, y del valor y alteza de los segundos. La descripcion del escudo de Aquiles por Homero y la del de Hércules por Hesiodo nos instruyen por si solas en muchas de estas cosas y demuestran además el estado de las artes. La Iliada, pues, y la Odisea, que en otro tiempo fueron casi el único libro que los Griegos poseian, ó eran á lo menos la enseñanza principal que escuchaba la numerosa asamblea de las islas Jónicas, pueden considerarse ahora como anales de aquel pueblo en los tiempos á que se refieren, como crónicas de los príncipes descendientes de los dioses.

A este tenor la poesía lírica, la elegíaca y la yámbica pueden tomarse en gran parte como anales de las primeras repúblicas establecidas en el Asia Menor y en las Islas: así p. e. la elegía de Solon sobre la conquista de Salamina, el célebre epitafio de Simónides á los Espartanos, y las odas de Píndaro que llama á Atenas «Columna de Grecia y tema digno de los poetas» contienen documentos mui útiles para la historia, que no se hallan en otra parte. No dejará de recogerlos el que acierte á vencer en el último la dificultad material que ofrecen sus estrofas; y á representarse por este medio en su imaginacion *la Olímpica porfia*; como tradujo uno de los mejores poetas Castellanos y mas hábiles intérpretes de las lenguas antiguas (17). La utilidad de la poesía dramática de los Griegos para el estudio de la historia puede inferirse de los títulos de muchas tragedias y comedias y de la conformidad de algunas de éstas con lo que otros escritores nos enseñan. Así p. e. ciertos versos del Pluto de Aristófanes comprueban en parte la historia *Hellenica* de Xenofonte; y otros describen el ingenio, costumbres y vicios de los Atenienses y el estado de las cosas por aquel tiempo, ó recomiendan la frugalidad con que sus mayores vivian.

Despues de lo dicho acerca de los poetas, me parece superfluo demostrar la relacion que tienen las obras de los oradores y filósofos con la historia. Entre otros ejemplos que pudiera alegar están las oraciones de Lisias, autoridad de mucho peso para la historia del tiempo que precedió y siguió á la tirania de los Treinta; varias de las de Antiphon, acciones criminales sobre envenenamiento ú otros delitos que ahora llaman «causas célebres,» y alguna de Demóstenes que habla, como Tucídides y Aristofanes, de la importacion y distribucion del trigo. De los filósofos baste decir que comprendian en sus estudios la legislacion, y que mui á menudo ilustraban su doctrina con ejemplos históricos.

En cuanto á los Romanos, no se han de buscar los documen-

tos históricos tan solo en T. Livio ó Tácito ó en otros que sean propiamente escritores historiales; sino tambien en los diálogos, oraciones ó epístolas de Ciceron, y en los poemas de Virgilio y Horacio. Si es cierto, como decia Cornelio Nepote, que las epístolas de M. Tulio contienen una buena parte de la historia contemporánea, no lo es menos que el complemento de esa historia está en los discursos que pronunció en el foro ó en el senado, y en las pláticas que él supone habidas en la Granja de Túsculo ó á la sombra de alguna enramada. El que haya de investigar el origen de Roma, ó quiera saber algo de los antiguos moradores del Lácio, y no poco de las discordias civiles del tiempo de Augusto, y del decaimiento de la agricultura «por haber convertido en lanzas y espadas los aperos de labranza,» que lea no solo la Eneida sino tambien las Eglogas y Geórgicas de Virgilio. Otro tanto puede decirse de los escritos de Horacio; pues en sus sátiras y epístolas con tan vivos colores pinta la corrupcion de costumbres de los ciudadanos de Roma, como los vicios de la plebe que moraba al otro lado del Tiber; y en sus odas, así ensalza la virtud y grandeza antiguas, como celebra las victorias de Augusto y las leyes y obras públicas que habian de hacer memorable su imperio.

Pero no solo éstos, sino tambien otros muchos escritores Latinos contribuyen al mismo fin. Ahí estan los fragmentos de las sátiras de Lucilio, que siendo por su libertad un remedo de la comedia antigua, reprendian las locuras y los vicios de los hombres donde quiera que se encontrasen; aunque estuviesen, como dice un escritor moderno, cubiertos con los pliegues de la Pretexta (18). A las sátiras de Lucilio y Horacio siguieron las de Persio y Juvenal, que sino tan libres como las del primero, pueden considerarse bajo igual aspecto. En fin los epigramas de Marcial, la Historia natural de Plinio, que tiene mucho de civil, y las Instituciones oratorias de Quintiliano, contienen tambien algunas cosas que atañen á la Historia.

Hai mas: el estudio de las lenguas por si solo tiene hoy no poca relacion con el de la historia; pues el origen de los voca-

blos ó mas bien el medio con que se introdujeron en la lengua, comprueba á veces algun acto de la vida de los pueblos. Así p. e. los nombres Latinos que pertenecen á las artes de la paz, como son los que atañen á la agricultura, á la vida rural y doméstica, son la mayor parte Griegos, y probablemente se debieron á las colonias Griegas establecidas al mediodia del Lacio; mientras las palabras que conciernen á la guerra, al gobierno y á las leyes proceden del habla de otros pueblos que moraban al norte y eran por la condicion de su vida mas belicosos. De ahí parece deducirse, que siendo de origen Griego casi todos los nombres Latinos que pertenecen á la navegacion, los conquistadores del Lacio debieron entrar por tierra. Algunos escritores admiten un origen semejante en las palabras de la lengua Inglesa, atribuyendo á los Sajones los nombres de las cosas que pertenecen á la agricultura, y adjudicando á los Normandos los que se refieren al órden legal y al gobierno (19). Entre nosotros tal vez no fuera inútil comprobar lo que se sabe de la antigua poblacion de España con los orígenes de las voces Fenicias, Romanas, Griegas, Hebreas, Árabigas y otras, que entran en el caudal del habla Castellana; y seguir por este medio el paso de las legiones Romanas, que invadieron nuestro suelo; ó averiguar algo acerca de la condicion mercantil de los unos y de la vida *nómade* ú ocupaciones sedentarias de los otros. Esta coleccion de voces de diverso origen que hai en todas las lenguas puede ser para el filólogo lo que una coleccion numismática para los historiadores y anticuarios.

De lo dicho hasta aquí se infiere la utilidad de las lenguas Griega y Latina para ejercitar las facultades del ingenio humano, enriquecer las lenguas modernas y adquirir una sólida instruccion en las letras y en las ciencias. Los que cultiven las primeras, como los que profesen las segundas, habrán de buscar en la antigüedad la norma de sus estudios, la fuente de su saber; bien sea que se atengan á los ejemplares Griegos

y Latinos, bien que consulten los libros de los modernos, que vierten ó trasladan de varios modos la doctrina ó los pensamientos de aquellos. Así, á Homero y Píndaro, Virgilio y Horacio sucedieron Dante, Taso, Camoens y Milton; Herrera Rioja y Fr. Luis de Leon. Así tambien por medio de Demóstenes y M. Tulio el arte de Isócrates llegó á influir en la elocuencia de cuantos los siguieron; ya en los libros de Fr. L. de Granada ú otros escritores semejantes españoles ó extranjeros, ya en los discursos de los mas célebres oradores de las modernas asambleas políticas. Tucídides, Xenofonte y Plutarco; Salustio, T. Livio y Tácito, J. Cesar y Corn. Nepote mostraron el camino de la historia á Mariana y Hurtado de Mendoza, á Guicciardini y Ventiboglio y á otros muchos, que ántes y despues de éstos se propusieron narrar cosas pasadas. En la filosofía Platon, Aristóteles, M. Tulio y cuantos inmediatamente los siguieron en Grecia y Roma, ó los imitaron despues en las escuelas modernas, prestarán siempre no como quiera el language mas propio, sino tambien un tesoro de verdad, tanto mas de apreciar cuanto mejor interpretemos sus escritos. Al arte retórica responden perfectamente Aristóteles, Ciceron y Quintiliano en las varias obras escritas desde los tiempos de Augusto hasta nuestros dias: tanto durante la edad media en que florecian juntas las siete artes principales (20) elogiadas en las inscripciones de nuestras aulas, como ahora en que bajo tan diversos títulos y con tan diversas miras escribimos del arte de hablar. Respecto á la Teología y Jurisprudencia bastaría decir que ambas se aprovecharon desde su origen de los demas estudios; si no fuese igualmente cierto que su language es Griego ó Latino: que el fundamento principal de la una está en la Biblia, como el de la otra está en los códigos Griegos y Romanos; y que los mas antiguos intérpretes y expositores de la primera, como la glosa mas auténtica y los comentadores mas ilustres de la segunda, fueron Griegos y Latinos. Por lo que hace á las ciencias físicas y matemáticas insistiré en que los que aspiren á distinguirse en cualquiera de ellas, habrán de inquirir mas de una vez lo que contienen las obras de los antiguos, cuya doctrina está en tantos libros repartida. Si así lo hicieren, no creo se atrevan á romper el

consorcio que de antiguo existe entre las letras y las ciencias. Por medio de este consorcio alcanzan unas y otras, ó sea, la ciencia humana, la mayor perfeccion posible, y cuantos la cultivan, hallando en ella cada dia nuevos deleites y amándola por ella sola, aprenden á moderar los afectos desordenados del ánimo, se alejan de toda ambicion y vanidad y enderezan sus estudios al mejor fin que pueden tener, la virtud, «hija del cielo, la mas ilustre empresa de la vida (21).»

HE DICHO.

NOTAS.

Suum cuique.

(1) Sim. Karsten, Prol. Acad. Trajecti ad Rhen- 1858 I. C. G. Boot. Adh ad stud. sermon. Lat. Amstel. 1858. H. J. Helderman. Quaest. in Aristoph. Plutum. Trajecti ad R. 1861 God. Ern. Groddeck. Hist. Graec. Litter. Elem. Vilnae, 1811. Theoph. Christoph. Harles. Brevior Not. Lat. Rom. Lipsiae 1789.

H. Nelson Coleridge. Introd. to the Study of the Gr. Class. Poets. Lond. 1834. Church. Babington. an Introd. Lect. on Archaeol. Cambridge 1865.

- (2) Od. II. 20.
- (3) Hor. Epist. II. i. 156.
- (4) A. P. 322.
- (5) III. 156.
- (6) Georg. IV. 8.
- (7) Cf. Karst. p. 15.
- (8) Inst. Orat. X.
- (9) Brut. 7. Sqq. De orat. II 2.5. III. 32.
- (10) Brut. 13.
- (11) Hor. II. Epist. i. 193.
- (12) Cf. Karst. p. 22.
- (13) Pro Arch. P.
- (14) Cic. De Orat. II.
- (15) IV. Od. 8.
- (16) Ion.
- (17) Fr. Luis de Leon. Ol. I. 12.
- (18) H. Thompson. Rom. Lit. 1852. p. 27.
- (19) H. Thompson Introd. p. XXXII.
- (20) Comprendidas bajo los nombres de *Trivium*, *Quatr.*
- (21) Fr. Luis de Leon. Od. II. á D. P. Portocarr.

X640941140

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403414656

